

Capítulo I

Sábado

Mañana de sábado, algo aturdido después de una noche intensa, despierto sin motivación alguna. Melina descansa en la cama. Me levanto sin hacer ruido y camino hacia la cocina. Dos botellas de vino rojo me hicieron perder la noción del tiempo anoche. Es día de visita, hay que arreglar la casa, lavar la ropa, limpiar los trastes, dar la mejor apariencia posible, porque sabemos que a nadie le gusta que nos

conozcan en ese estado tan íntimo, en nuestro espacio. La madre de Melina y algunos amigos nos visitan desde la ciudad. Todos vienen por la sorpresa que recibieron al ver mi nombre en el galardón por mejor historia original, inspirada en la pintura *Luz de luna*. Un cuadro que salió de una historia, que después se plasmó en un libro, luego en una película y ahora en esto, mucha bulla y pocas palabras. Salgo a caminar por la ciudad, mis pensamientos necesitan un respiro. Me detengo en el café que está adentro de la lavandería. De pronto algo atrae mi atención, es una mujer con su hijo, tratando de explicarle a un francés el costo por lavar su ropa. El francés no habla inglés y tampoco español, la mujer con el niño no habla inglés ni francés. Al final, a señas hechas solo con las manos, llegan a un buen término. Cuánta diversidad en un mundo tan pequeño y tan poco comprendido.

La mañana es muy linda, me recuerda a aquellos días cuando el dinero no tenía valor, cuando las penas no dolían tanto, cuando una mujer solo significaba que era tu madre o alguna extraña tratando de ser amable. El sol resplandece en el horizonte, atrás de las montañas de concreto; la dulce suavidad de sus rayos roza mi cara y calientan mi cuerpo. Es lindo saber que hay días que tengo para mí solo, sin la responsabilidad de lidiar con nadie. A veces las personas me cansan, creo que es un sentimiento demasiado normal, quizás

por eso es que algunas personas se mudan a vivir a las montañas, lejos de toda civilización.

La mañana se calienta rápido, decido moverme a un lugar menos abrasador. La comodidad de la silla me atrapa, la perfecta vista a la ciudad aleja mi mente del presente y me mete a un trance que paraliza mi cuerpo por un momento.

Me cuesta trabajo asimilar cómo es que he llegado a este lugar. En muy poco tiempo la vida giró trescientos sesenta grados. Pasé de la nada a ser un poco algo.

—¡Doble *latte*!

Se escucha en la parte de atrás. Me levanto y camino hasta el mostrador para recogerlo. Agrego dos sobres de azúcar y mi mirada se pierde en la espuma de la leche al tope del vaso de café.

—¡Disculpa!

Es una voz detrás de mí y un brazo que trata de alcanzar una servilleta que está frente a mí. Entonces me doy cuenta de que estoy hasta adelante de una fila de personas que esperan pacientes a que me mueva de ahí. Regreso a mi lugar junto a la ventana, donde los rayos del sol me alcanzan otra vez. Una nostalgia me atrapa y un recuerdo se abre paso en la memoria.

Viernes 21 de septiembre de 1990, en realidad eso es lo que dicen los archivos guardados en el palacio municipal, pero la verdad es que nadie sabe con exactitud la hora ni el lugar, porque en esa época al registro del tiempo no se le daba importancia.

Nací en condiciones muy precarias, en un pueblo sin nombre, en el sur de un estado donde la pobreza es la palabra más sonada en los anuncios políticos, y la mejor excusa para los opositores de los candidatos populares. Llegué a este mundo con la ayuda de las manos de una partera, quien adoptó ese oficio por hambre y no por convicción, lo más común por aquellos días y en aquel lugar.

Fui un niño desnutrido, de piel morena, algo extraño porque tenía cara de algo no conocido aún. Fui el menor en una familia de cuatro integrantes, aunque quizás el menor o el mayor de una larga lista de niños que todavía no se conocen, pero que existe.

Soy hijo de una mujer campesina que apenas y podía leer, que con dificultad podía escribir su propio nombre, que no conoció en este mundo más que el trabajo rudo del campo, el sabor del pulque para olvidar el dolor y descansar el cuerpo, y que sus ideales en la vida se rigieron en seguir las órdenes del hombre de la casa al pie del renglón.

Mujer carismática de muy noble corazón, pero que fue traída a este mundo para ser ama de casa, madre sumisa y fiel pareja en cuerpo y corazón.

Soy hijo de un hombre campesino, rudo como cualquier otro, pero famoso por ser mujeriego y no respetar a su mujer; irresponsable, pues se comportaba como si tuviera veinte años, no cuarenta, y se atrevía a decir que el tiempo no había pasado sobre él. Porque las mujeres y el alcohol dan diversión; los hijos y las responsabilidades están olvidados, enterrados en el corazón.

Hombre que gozaba de engañar mujeres, la moda de la época, y que presumía de golpear a la ama de su casa, porque eso hacía que lo respetaran.

En sus ratos de inspiración, trabajaba como ingeniero constructor, que en sus palabras y con ese bello acento, sonaba mucho mejor que *albañil*, el término preferente y de mayor resonancia en el campo industrial.

Buen amante y fiel seguidor de la política. Decía que la política era su vocación; y las mujeres, su perdición. La sociedad lo empujó a pelear en una batalla diferente, en un campo que no fue hecho para él, ocasionándole un gran rencor, el cual apagaba con el alcohol, y una fuerte frustración, que ahogaba en los

brazos de cualquier mujer que le hubiera sonreído y estuviera dispuesta a brindarle un poco de calor.

La memoria me falla al tratar de recordar mis primeros años; aunque quizás nadie es capaz de hacerlo o es que en realidad soy muy tonto, cual sea la idea, es bien sabido que no soy el más inteligente de la familia. Tomo unos minutos para alejarme de los rayos del sol que entran por la ventana, inclino al respaldo del asiento, me acomodo. Llegan recuerdos a mi mente como pequeños destellos de una memoria olvidada y cansada, de tanto evocar un futuro no llegado.

Es lunes, aproximadamente a las siete de la mañana muevo las manos para sentir la presencia de mamá a mi lado, pero al no sentirla, entro en un pánico intenso, volteo y la busco a mi alrededor, tratando de ubicarla; la casa luce sola y fría, mis ojos la exploran registrando cada pequeño detalle. La casa es de piedra, de apariencia vieja, con un techo de teja que en la parte de abajo es sostenida por grandes troncos de madera. Al fondo hay una cama que no goza de un colchón, pero que sí tiene una dura tabla, cubierta por un buen petate. Petate es el nombre común para un tipo de alfombra, que suave no es, pero se pone sobre

la cama. En el fondo de la casa, una pared cubierta con muchas imágenes de santos y vírgenes; abajo, el piso de tierra; y en la otra esquina, una cama más pequeña en las mismas condiciones, tablas y dos cobijas, esa es la de mi hermano. Esta casa tiene dos cuartos, uno de ellos se usa para comer y el otro es para dormir; del otro lado, separada, está la cocina.

Después de unos minutos recobro la noción del trance emocional de no sentir la presencia de mamá, recupero con calma el aliento; después, llegan a mis oídos algunos ruidos, provenientes de la cocina, acompañados del aroma a tortillas quemadas, probablemente sobre el comal. Mis instintos me dicen que es mamá. Casi siempre me espera para llevarme con ella y sentarme junto al fogón mientras cocina. En los últimos días no lo ha hecho y me asusta que se esté olvidando de mí. Con solo pensar esa idea de olvido, siento miedo.

Sé que, si lloro, ella vendrá en seguida, así que lo hago: lágrimas incesantes, gritos y mucha pasión, me ahogo en un dolor fingido.

Pasan diez minutos y ella no viene. Puedo concluir que se está acostumbrando a esto. Media hora, una hora, nadie aparece. Entre el drama y el llanto, me entretengo jugando con los dedos de los pies mientras

espero sentado sobre la cama, bajo las cobijas. El tiempo sigue pasando y me pierdo en un sueño.

Después de un par de horas, despierto. Ella está de espaldas, puedo reconocer su cuerpo, voltea, me mira y me sonrío.

—¿Ya acabaste? —me pregunta.

Me molesta que se burle, pero más me duele pensar que no le importa dejarme solo.

La vida en estos días pasa y solo pasa. No sé si es lunes, martes o sábado, no voy a la escuela ni tengo deberes porque soy muy pequeño aún para eso, simplemente la vida es bella.

Mi hermano Arturo, que es mayor, es el de las responsabilidades. Mamá tiene un gusto grande por los animales, muchos animales, como ha sido tradición en su familia. Borregos, burros y perros. Arturo está al cuidado de ellos. Todas las tardes al salir de la escuela pasa rápidamente a la casa, para llevarse su comida e irse a cuidarlos. Mientras los animales pastorean en la montaña, él aprovecha el tiempo para comer y dormir.

Esta semana ha estado muy fría, se acerca la Navidad. Todos en el pueblo están comprando luces y hablando de las posadas, de las piñatas, de los cohetes y, lo mejor, del familiar que vendrá de visita desde de la ciudad.

Corren las dos últimas semanas de diciembre. El atardecer empieza a caer y el cielo empieza a tornarse azul oscuro. Mamá espera a Arturo. Le prepara la cena y, mientras él come en la cocina, nosotros nos metemos al cuarto de junto. Ella se sienta sobre su cama de tablas, y comienza a tejer un sombrero de palma.

La palma es una planta que crece salvajemente en los montes de esta área. La gente de este pueblo y de los alrededores la corta, la remoja en agua y la deshila para crear un tipo de tela con la que hacen sombreros, tortilleros y sopladores para el fuego. Es una forma de trabajo independiente que genera dinero y muy posiblemente la segunda y única forma de ingresos después de la agricultura.

Esto es considerado un tipo de artesanía, y toma aproximadamente un día acabar un sombrero o un tortillero. Los precios varían, un sombrero puede costar entre cuatro y diez pesos, dependiendo del tamaño. Los tortilleros no rebasan los cinco pesos, igual que los sopladores de fuego.

Ayer escuché que mamá hablaba de mí con Arturo sobre la idea de empezar a llevarme al monte, porque ya estoy en edad para estar al cuidado de los animales. La idea no me desagrada, me siento emocionado, no sé qué sea eso, pero suena interesante la idea de dejar la casa.

Al día siguiente, al amanecer, me levantan de la cama y Arturo me lleva con él. Antes de salir, mamá me pone en una bolsa de plástico algunas tortillas, sal y un contenedor con frijoles y arroz. También una botella